

LAS RELACIONES ENTRE EL LENGUAJE Y LA NADA EN *CIEN AÑOS DE SOLEDAD*, GARCÍA MÁRQUEZ

Estelle Amilien¹
ENS LYON

Se suele comentar que la obra de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad*, no sólo trata del destino de una estirpe que se hizo famosa, los Buendía, sino también que dentro de la obra se pueden hallar rasgos que remiten más bien a una dimensión literaria e incluso metaliteraria. Esta reflexión viene a cuestionar el estatuto tanto del escritor, del narrador, del lector – o sea las distintas instancias claves para un texto escrito – como la manera de escribir, y por consiguiente el lenguaje en sí como soporte de la expresión literaria. Por eso, se puede sospechar que la obra también plantea un cuestionamiento relativo al lenguaje. Según el diccionario de la Real Academia Española, se puede definir de varias maneras al lenguaje. Las dos acepciones que nos interesan para nuestro trabajo son las siguientes: “Manera de expresarse.” y “Uso del habla o facultad de hablar.”² Este estudio tiene como objetivo relacionar el tema del lenguaje con el de la nada, con una orientación más bien filosófica. De manera que se podría entender la nada como “No ser, o carencia absoluta de todo ser.”³ Pero, es de observar que en realidad en *Cien años de soledad*, la nada puede cobrar distintas formas, incluso formas de ser. Por muy paradójico que parezca esta afirmación, es, empero, el caso que tenemos en el incipit de la obra cuando se evocan cosas que existen pero que no tienen nombres. El eje de este breve trabajo viene a ser los lazos que se pueden establecer entre los temas del lenguaje y de la nada: relación de causa a efecto, formas de paralelismo en su manifestación... También nos interesa estudiar cómo dichas relaciones pueden evolucionar a lo largo de la obra, por lo cual adoptaremos una presentación con un plan cronológico-temático. O sea, en un primer momento veremos cómo la

¹ Estelle Amilien es estudiante en la ENS (École Normale Supérieure) de Lyon.

² Véase el enlace <http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=lenguaje> para las definiciones; las retenidas en este caso son las número 3 y 5.

³ Véase el enlace <http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=nada>.

nada se plasma como ser existente cuya realidad se actualiza por el acto de nombrarlo a raíz del análisis de un fragmento del íncipit de la obra. Luego, nos detendremos en un examen de un fragmento sacado de cuando transcurre la peste del olvido, con el fin de ver la complejidad de las relaciones entre la nada y el lenguaje, y cómo vienen a especificar cada noción aún más. Por fin, pondremos en perspectiva la comparación de una manifestación especial del lenguaje – que también nos llevará a hablar de cierta dimensión metalingüística de la obra – que es la narración de la muerte, y sobre todo los epitafios, de dos personajes: Melquíades y Pilar Ternera.

Primero, es de subrayar que al principio de la obra el sentido de la nada cobra una aceptación que puede parecer paradójica puesto que, de cierta forma, parece plasmarse como lo que existe concretamente pero que carece de nombre. En efecto, podría considerarse la nada como la negación o la ausencia de alguna cosa; sin embargo, en este caso parece que la culpa sólo radica en el que algunos objetos no tengan nombres. Analicemos el fragmento siguiente:

“Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”⁴

Se pueden observar dos cosas importantes en este pequeño fragmento, sacado del mismísimo principio de la obra. Así, es de apuntar que la primera descripción de Macondo es bastante precisa, con muchos detalles en cuanto a su situación y a su composición. Luego, hay que recalcar el que dicha descripción ya manifiesta cierta aproximación, la cual evidencia una primera relación entre el lenguaje y la forma de la nada que hemos presentado más arriba. Asimismo, se acaba la primera frase

⁴ GARCÍA MÁRQUEZ [2007: 83].

con una metáfora “como huevos prehistóricos”. Ese mismo recurso puede verse con un doble enfoque. Claro que es un recurso literario, pero al mismo tiempo evidencia una forma de aproximación porque en vez de dar una palabra precisa, se refiere a otra cosa. Además, esta otra cosa parece quedar un poco borrosa ya que se trata de “huevos prehistóricos”, otra vez una imagen poética, literaria. Luego de esto viene la frase clave del extracto, que atañe a la carencia de nombre. No nos interesa aquí desarrollar el tema de los distintos tiempos tanto en Macondo como en la novela,⁵ con todo hay que hacer hincapié que se relacionan el principio de la obra, la fase genética de Macondo y que el lenguaje no parece poder cumplir todas sus capacidades al no tener en el almacenamiento léxico elementos para todas las cosas que existen.

Si profundizamos esta idea, parece obvio que el lenguaje tiene bastante capacidades y poderes. Empecemos por el tema del poder del lenguaje. Si se considera que el lenguaje es la capacidad del acto de nombrar a entidades tanto empíricas como abstractas, podemos observar que se manifiesta en el fragmento antes citado en la idea de lo que se nombra con bastante precisión (los detalles de la descripción de Macondo), y lo que o sea no tiene nombre propiamente, o sea se describe de manera indirecta por otro recurso (en el caso de la metáfora “como huevos prehistóricos”). Además, y esto sirve para poner de realce tanto los poderes del lenguaje como sus capacidades, introduce desde el principio de la obra un cuestionamiento en cuanto al estatuto del lenguaje. Así, evidencia, por ejemplo, la arbitrariedad del lenguaje según la atribución o no de la palabra a alguna cosa, al mismo tiempo que subraya las libertades dejadas y tomadas por el autor y/o el narrador según la manera y el enfoque con los cuales decide utilizar el lenguaje. Entonces, en este primer aspecto, es de apuntar que la nada no se manifiesta como una ausencia de referente concreto sino más bien una ausencia de reconocimiento por parte del lenguaje. En efecto, las piedras “como huevos prehistóricos” o las cosas señaladas por el dedo están

⁵ Véase por ejemplo el artículo de GALLO [1982: vol.1, 561-571] en cuanto al tiempo en *Cien años de soledad*.

descritas como existiendo empíricamente en la novela, lo que pasa es que no se nombran con la precisión de una palabra, cuando se nombran.

Lo que llama la atención es que este punto de partida viene a ser uno de los ejes principales de la reflexión sobre las relaciones entre la nada y el lenguaje. Conforme avanzamos en la obra, esa tensión entre lo que se nombra y lo que no se hace cada vez más clara, aunque a veces más sutil. El segundo momento muy interesante para la evolución de las relaciones lenguaje/nada viene a ser el de la peste del olvido. Viene a plasmar la nada como aquello que se ha olvidado y que viene a ser manifiesto porque uno ya no recuerda el nombre, y luego la función de las cosas. Se puede también apuntar el hecho de que la nada del olvido se presenta como una amenaza en cuanto al lenguaje, puesto que lo que primero se olvida es el nombre de algunas cosas. Puede ser digno de interés también notar que aquí parecen casi confundirse acto de lenguaje y capacidad de hacer acto de lenguaje. Así, la frontera queda borrosa cuando se olvida el nombre de una cosa. Cabe citar el texto para poner de realce estas relaciones:

“Fue Aureliano quien concibió la fórmula que había de defenderlos durante varios meses de las evasiones de la memoria. La descubrió por casualidad. Insomne experto, por haber sido uno de los primeros, había aprendido a la perfección el arte de la platería. Un día estaba buscando el pequeño yunque que utilizaba para laminar los metales, y no recordó su nombre. Su padre se lo dijo: “tas”. Aureliano escribió en un papel que pegó con goma en la base del yunquecito: “tas”. Así estuvo seguro de no olvidarlo en el futuro. No se le ocurrió que fuera aquella la primera manifestación del olvido, porque el objeto tenía un nombre difícil de recordar. Pero pocos días después descubrió que tenía dificultades para recordar casi todas las cosas del laboratorio. Entonces lo marcó con el nombre respectivo, de modo que le bastaba leer la inscripción para identificarlas. Cuando su padre le comunicó su alarma por haber olvidado hasta los hechos más

importantes de su niñez, Aureliano le explicó su método, y José Arcadio Buendía lo puso en práctica en toda la casa y más tarde lo impuso a todo el pueblo. Con un hisopo entintado marcó cada cosa con su nombre: *mesa, silla, reloj, puerta, pared, cama, cacerola*. Fue al corral y marcó los animales y las plantas: *vaca, chivo, puerco, gallina, yuca, malanga, guineo*.⁶

El fragmento sacado de la obra parece un poco largo, pero permite hacer énfasis en distintos aspectos de las relaciones entre la nada y el lenguaje. Si permite asentir lo que presentamos como una amenaza de la nada hacia el lenguaje, casi al mismo tiempo indica que el lenguaje viene a ser lo que rescata del olvido. Se podría entonces establecer como una clasificación, o más bien una precisión, en cuanto a la nada. La manifestación del olvido evidencia una nada relativa, puesto que se puede recordar lo olvidado directamente – o sea por sí mismo – o no – como aquí cuando José Arcadio Buendía le recuerda a Aureliano la palabra “tas”. Esa misma nada relativa es aquella que viene a amenazar el lenguaje, aunque fuese sólo momentáneamente. Es de diferenciar, entonces, este tipo de nada con una nada absoluta. Y en este caso, el lenguaje viene a ser aquello que rescata las cosas, o el darles un nombre para reconocer su existencia y comunicar a cerca de ellas con los demás, de un olvido que sería definitivo. Lo que es de recalcar también, es que el lenguaje parece ponerse más complejo ya que cuando se trata de un olvido momentáneo que podría amenazar al lenguaje, se viene a recordar la palabra de manera oral, mientras que lo que parece plantearse como una solución frente al peligro de un olvido definitivo se pone por escrito.

Lo que evidencia también este fragmento son procesos tanto del lenguaje como del olvido, que podemos como una actualización de una forma de muerte en la mente que la nada opera. Como lo explica Jacques Joret en la nota 36 (p.140), se pierde primero todo el vocabulario técnico, “porque el objeto t[iene] un nombre difícil de recordar” como lo escribe García Márquez. Pero, es de observar que tal desgaste causado por el olvido muy pronto se extiende a otros muchos ámbitos, si

⁶ GARCÍA MÁRQUEZ [2007: 139-140].

pensamos en los evocados por los papelitos que pega José Arcadio Buendía, que remiten a cosas y objetos de la vida cotidiana como los muebles de la casa o los animales del corral.

Así que, se puede apuntar elementos que traducen una evolución desde el principio de la obra, aunque nos quedemos, por el momento en la primera parte de la novela. Se conserva la importancia otorgada al lenguaje como capacidad y acto de nombrar, al mismo tiempo que este episodio de la peste del olvido viene a introducir una forma de la nada como amenaza hacia dicha capacidad de nombrar. Esta nada, relativa o absoluta, trae consigo otro elemento nuevo que es el tema de la muerte. Aquí, la muerte viene a ser introducida por la pérdida de la facultad del lenguaje, o más bien la pérdida de la manera por la que se designa con precisión a tal o cual objeto. El lenguaje puede entonces estar considerado como aquello que salva o esconde – después de todo el lenguaje sigue arbitrario en la manera de designar una vaca “vaca” y los papelitos sólo hacen las veces de un acto espontáneo de lenguaje, tratando de librarse de lo absoluto de la muerte temporal en la mente con el paso por lo escrito – la situación de una nada perturbadora que es la pérdida del vocabulario.

La muerte como forma de la nada parece adoptar los rasgos que se atribuiría más fácilmente con la idea de la nada. Si no sería la primera definición, por lo menos se vincularía con la idea de que la nada es la negación del ser, como cosa, como persona, como acto, como potencia... Esa nada, lo hemos visto, puede adoptar formas relativas como la abolición momentánea de alguna capacidad, o más bien puede venir a equipararse con formas de lo absoluto. En efecto, ¿qué puede ser más absoluto que la muerte?; la muerte es más que una discapacidad de algunos días o meses, es lo irrevocable y lo ineludible por antonomasia. Entonces, estudiar las relaciones entre la nada y el lenguaje parece interesante, con la perspectiva de que el lenguaje parece ser lo que queda después de todo. Para sustentar nuestra reflexión, nos basaremos en una comparación entre las tumbas de Melquíades y de Pilar Ternera. Antes de citar los dos fragmentos relacionados con nuestro tema, hay que recordar

que ambos pertenecen a distintos momentos de la novela, que los personajes fueron tratados y presentados de manera muy diferente a lo largo de la obra, pero son dos personajes de los que se evocan las tumbas. Y lo interesante es que, en nuestra cultura, se concibe una tumba como algo sagrado, que respetar, en la que suelen aparecer el nombre de la persona, las fechas de su vida y, en algunos casos, un epitafio. Citemos los dos fragmentos antes de seguir el razonamiento:

“Fue el primer entierro y el más concurrido que se vio en el pueblo, superado apenas un siglo después por el carnaval funerario de la Mamá Grande. Lo sepultaron en una tumba erigida, con una lápida donde quedó escrito lo único que se supo de él: MELQUÍADES.”⁷

“Pilar Ternera murió en el mecedor de bejuco, una noche de fiesta, vigilando la entrada de su paraíso. De acuerdo con su última voluntad, la enterraron sin ataúd, sentada en el mecedor que ocho hombres bajaron con cabuyas en un hueco enorme, excavado en el centro de la pista de baile. Las mulatas vestidas de negro, pálidas de llanto, improvisaban oficios de tinieblas mientras se quitaban los aretes, los prendedores y sortijas, y los iban echando en la fosa, *antes de que la sellaran con una lápida sin nombre ni fechas* y le pusieran encima un promontorio de camelias amazónicas.”⁸

En ambos casos, muere un personaje bastante importante ya que son nombres que evocan algo en la mente del lector cuando los lee, y de los que pudimos tener retratos físicos y morales directos o indirectos. Claro, es de admitir que Melquíades forma parte de los protagonistas de *Cien años de soledad*, y que su importancia puede verse como mayor si lo comparamos con Pilar Ternera. Sin embargo, me parece relevante comparar las dos muertes, confrontarlas y sobre todo detenerme en el

⁷ GARCÍA MÁRQUEZ [2007:169].

⁸ GARCÍA MÁRQUEZ [2007:528]; el subrayado es mío.

análisis de las tumbas. Los dos padecieron la forma acaso más radical de la nada, a saber la muerte. Nos lleva a considerar otro tipo de relaciones entre el lenguaje y la nada. Incluso podríamos decir que se trata de un metalenguaje, puesto que es un lenguaje que se utiliza para hablar de la muerte y para designar aspectos propios que caracterizan elementos, o la ausencia de tales elementos, del lenguaje escrito que quedan después de que operó la muerte, a saber las inscripciones en las tumbas. Se puede reparar en que para Melquíades, lo único que queda es el nombre. Esto nos lleva a precisar algunas cosas. Primero, lo que queda es “lo único que se supo de él”, tanto para los macondinos como para los lectores. Luego, también es lo irreductible, a saber su nombre, lo que le permite afirmarse como Melquíades y no como Fulano. Por fin, es de reparar en el tratamiento tipográfico que se le aplica a tal mensaje. En efecto, se destaca el nombre con el efecto de mayúsculas, introducido por los dos puntos. Además, viene a concluir la frase, lo cual marca un efecto de absoluto, dando la impresión de que una vez que queda leído esto, ya no se puede agregar nada más. Es aún más interesante, si confrontamos esto con el tratamiento que se le aplica a Pilar Ternera. Es verdad que se precisa que fue enterrada “de acuerdo con su última voluntad, [] sin ataúd, sentada en el mecedor”; pero luego se evoca su tumba. Y la tumba en sí remite a la dimensión cultural de la muerte y a lo que representa para una comunidad. Así que se podía esperar que en la tumba aparezca el nombre (por lo menos, como en el caso de Melquíades), y posiblemente las fechas de Pilar Ternera. Como lo enseña el subrayado en el segundo fragmento, no es el caso. Se puede suponer que como nos situamos al final de la novela, cierto desgaste del lenguaje es efectivo y que abarca también a los personajes. Se puede también sugerir que, como este fragmento encabeza el capítulo 20, o sea el último, todo esto sirve para introducir el tema del arrebató final de Macondo, en el cual la relación con el lenguaje (entonces los pergaminos de Melquíades) cobra también importancia. Si pensamos en los temas que hemos evocado, podemos apuntar que la nada absoluta de la muerte puede llegar a arrebatar también la dimensión del lenguaje y llevar consigo todo lo que

una palabra – en este contexto un nombre – puede recordar, significar... Da la impresión de que induce a la aniquilación del ser como ser vivo al mismo tiempo que borra toda posibilidad de recuerdo a través de la palabra. Lo único que se puede destacar, es la sutilidad que opera al decir que después de la muerte de alguien no se pone necesariamente su nombre en la tumba. O sea que, después de que la nada absoluta de la muerte haya operado, surge el momento presente de la narración que evidencia y enuncia esta muerte, este entierro con sus particularidades, esta ausencia de nombre. Y si lo pensamos bien, se puede ver que casi es irónico, ya que el presente en sí, puede verse como un breve estallido entre las dos nadas que serían el antes del nacimiento y el después de la muerte; así que sólo el acto de lenguaje y su capacidad a decir que dice o no dice (por ejemplo, decir o no si aparecen los nombre en la tumba) o a decir que no puede decir permite anclar aunque haya una temporalidad reducida para que lo pueda hacer, a saber el momento de la escritura, de la enunciación y de la recepción de lo que dice el lenguaje por cualquier emisor y para cualquier receptor.

"La lengua es nuestra morada vital [...] La lengua nos hace y en ella nos hacemos. Hablamos y en nuestros labios está el temblor de aquellos millones de hombres que vivieron antes que nosotros y cuyo gesto sigue resonando en nuestra entonación o en los sonidos que articulamos".⁹ Si Manuel Alvar en su cita alude a un aspecto acaso más oral que el caso de una novela, es de reparar en que su afirmación "La lengua nos hace y en ella nos hacemos" vale también para el caso de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. En efecto, las distintas relaciones que hemos estudiado entre el lenguaje y diferentes formas de nada en la obra. Porque al fin y al cabo, *Cien años de soledad* puede leerse como una obra que evoca a toda la humanidad, tanto en su contenido, su desarrollo narrativo como en cuanto a las reflexiones propuestas a cerca del lenguaje y de la nada. Primero, es de observar que cada una de estas nociones tiene una variedad de aceptaciones, lo cual evidencia que no

⁹ ALVAR [1995: 15].

hay necesariamente unicidad de significado. El lenguaje puede ser tanto entendido como capacidad como acto para hablar y la nada puede venir a cobrar distintas formas y aludir a realidades bastante diferentes. Las relaciones que se pueden observar entre los dos temas evolucionan a lo largo de la obra y se puede notar que el análisis que propusimos no es un análisis a parte sino más bien el estudio de uno de los aspectos que son los ejes principales de lectura de la obra. En efecto, es de relacionar el estudio de las relaciones lenguaje/nada con la dinámica de los distintos tiempos que se combinan (histórico, mítico y cíclico), ya que se puede establecer como un paralelismo.¹⁰ Así, al principio se puede estimar que la relación entre el lenguaje que no tiene palabras para todas las cosas que existen manifiestan una forma de nada, lo cual traduce la idea de un tiempo mítico, donde cosas aún no tienen nombre. Progresivamente se ve la recurrencia del tema, como el tiempo parece dar vueltas sobre sí mismo. Al final de la obra, todo parece converger y el lenguaje parece ser el recurso por el cual se evidencia tal convergencia. En efecto, la nada parece relacionarse con la muerte que va invadiendo Macondo y con la ausencia de personas en el pueblo. También es de observar que cierta intensificación o agudización de ver la nada como atañe a la muerte corresponde al clímax final de la obra. Las relaciones entre el lenguaje y la nada entonces entran plenamente en más de una de las dinámicas centrales de la obra de García Márquez.

¹⁰ Estas tres categorizaciones del tiempo fueron establecidas por MENTON [2003: 66].

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, Manuel, "Vivir en la lengua", en *Por los caminos de nuestra lengua*, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 1995, p. 15.
- DORFMAN, Ariel, "La muerte como acto imaginativo en *Cien años de soledad*", en *Novelistas hispanoamericanos de hoy*, Juan Loveluck [coord.], 1984, pp. 291-324.
- GALLO, Marta, "El tiempo en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez", en *Actas del cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*, Eugenio Bustos Tovar [coord.], 1982, vol. 1, pp. 561-571.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *Cien años de soledad*, edición de Jacques Joset, Madrid: Cátedra, 2007, 18ª edición,[1984/1ª].
- MENTON, Seymour, *Historia verdadera del realismo mágico*, capítulo III: "El castaño solitario y otras "correlaciones increíbles": "Cien años de soledad", México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 56-80.



REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA